

V A R I A

I

ADDENDA

A MI REPLICA A CHALMETA

Me complazco en felicitar a Chalmeta por su eruditísimo estudio "*Simancas y Alhandega*". Es imponente. Ha reunido, traducido y comentado todos los textos relativos a la doble derrota musulmana y ha intentado, trabajosa y sagazmente, la localización de los dos encuentros. Lástima que no obstante sus celosas búsquedas en el país, no haya logrado ubicar donde se consumó el segundo desastre.

Me permito empero disentir de su minimización del fracaso de Abd al-Rahman III ante Simancas. Es inverosímil que la "Campaña del gran poder", como los islamitas lo llamaron, se organizase para conquistar una fortaleza de no demasiada importancia. Tengo por seguro que se pensó en llegar a León, como otrora se había llegado hasta Pamplona. Y que en Simancas fracasó el ejército califal. El texto de 'Isa al-Razi es terminante "Los (enemigos) dieron entonces una carga huyendo los musulmanes derrotados vergonzosamente con grandes pérdidas materiales. Durante la retirada el enemigo los aco-rraló en un barranco de gran profundidad —dio su nombre a la batalla— del que no encontraron escape". 'Isa Al-Razi era puntualísimo y muy adicto a la dinastía para haber abultado —¿por qué y para qué?— las dos derrotas.

Carece de valor en cambio, el relato del parte oficial de la batalla, obra del secretario 'Isa ibn Futays. Todos los partes oficiales de la historia han falsificado la realidad, disimulando los fracasos y abultando los éxitos. Ese relato, copiado en el tomo del *Muqtabis* de Ibn Hayyan felizmente hallado en Marruecos hace poco, confirma empero lo que he escrito más de una vez sobre la redacción de oficiales relatos de las empresas bélicas de los generales al servicio de Córdoba, relatos que se guardaban en los archivos califales. Envío a mis páginas sobre las expediciones de los hermanos Ibn Mugit y a mi *Addenda* a la segunda edición de mi obra: *Fuentes de la historia hispano musulmana del siglo VIII*.

El parte oficial ha sido sin embargo decisivo para marcar en sus líneas generales, —no nos dice por donde cruzaron el Duero— la ruta seguida en su larga retirada por el ejército vencido en Simancas. Las noticias de Chalmeta acerca de sus andanzas en busca del lugar del desastre final me han hecho recordar con emoción, las mías de hace más de medio siglo, por todos los teatros de batalla en que pelearon cristianos e islamitas desde el 722 al 910. Le felicito de corazón. Adelante. Por ese camino puede ir muy lejos. Siempre, claro está, que no trate de forzar los textos, como ha hecho al suponer que la vocalización latina de los Anales Castellanos: *Leocaput* —tan correcta e indiscutible— fue degeneración de un nombra arábigo.

Aunque no soy quien para interferirme en sus investigaciones y me anticipo a pedirle perdón por mis indicaciones inmediatas, me permito recomendarle que lea los documentos latinos referentes a monasterios e iglesias de la zona donde tuvo lugar el desastre de Alhándega. Si mi memoria no me es infiel, en uno, cuya procedencia no recuerdo al cabo de mil años, se fijaban límites que podrían interesarle. En ellos aparece —estoy seguro— la Morcuera de esa zona geográfica objeto de sus búsquedas. Morcuera, sea dicho de paso, que no cabe confundir con la septentrional en que el conde castellano, Rodrigo, fue vencido en 865, y tras cuya derrota algunos de sus hombres, durante su fuga en retirada, se ahogaron en el Ebro, hacia Haro.

Estos reparos no merman en modo alguno mi elogio inicial de la monografía aquí comentada. Lástima que al socaire de ella Chalmeta haya caído en la tentación de atacarme. ¿Me permite una broma? Afirma, combatiéndome, que los grandes arabistas a quienes he seguido a veces, Gayangos, Lafuente Alcántara, Fagnan... sabían mucho árabe, pero que, ello no obstante, no he debido fiarme de sus versiones. ¿Qué opinará un Chalmeta del siglo XXI de las traducciones de este Chalmeta de 1977? Estoy imaginándole dirigiéndose a un Sánchez-Albornoz contemporáneo para decirle que el Chalmeta de hoy sabía mucho árabe pero que sus traducciones no deben ser utilizadas por lo no arabistas. ¿No le parece divertida la pregunta? O es que se cree superior a Gayangos, a Lafuente Alcántara, a Fagnan...? Chalmeta no puede con su genio y se descarga otra vez contra mí.

Y no paran ahí sus dentelladas. Se complace en reproducir la noticia que yo tomé en su día de la Crónica Anónima de 'Abd al-Rahman III, traducida por Lévi-Provençal y García Gómez, sobre la ida de Ordoño II contra Evora al frente de 30.000 hombres entre los que figuraban jinetes, infantes y arqueros (*El ejército y la guerra*

en el reino asturleonés 718-1037). Y la apostilla así en la pág. 62 bis de su estudio: "y a continuación —dice de mí— *recoge sin pestañear* el texto de la Crónica General de España (pág. 429)... "et en el so tiempo (del Conde García Fernández) llevó la cavallería de Castilla de fasta seyscientos caualleros fijosdalgo ca ante non solían ser más de trescientos".

Comprendo su mala voluntad contra mí y la disculpo. Los arabistas no pueden perdonarme que haya invadido su terreno propio. En primer lugar median catorce páginas entre las dos noticias que el yuxtapene. Y además ¿por qué tenía yo que pestañear al recogerlas? Quiere Chalmeta explicarme que relación puede existir entre el relato arábigo sobre la empresa de Ordoño II, rey privativo de Galicia cuando en 913 atacó a Évora, y la noticia sobre la caballería noble de la lejana Castilla?

Ha debido asimismo tener en cuenta que, naturalmente, los datos de la Crónica General se referían no a todas las fuerzas montadas del país sino a las filas de la caballería nobiliaria, de una región del mismo, siempre menguada.

Por lo demás para la empresa de Évora era obligado que Ordoño no se arriesgase a avanzar cientos y cientos de millas por tierras enemigas con algunos pocos hombres. ¡Qué no fueron 30.000! ¿Quién pudo contarlos? A los musulmanes debieron parecerles colosales las huestes enemigas. Chalmeta no habrá debido olvidar, además, que el mismo 'Abd al-Rahman en la Campaña de Muez, del 920, se apoderó de una cifra considerable de caballos del ejército cristiano, cuando aun no había nacido el conde García Fernández y era un niño su padre y en ausencia de las huestes castellanas.

No puedo tampoco seguir a Chalmeta en sus cálculos sobre las cifras de los ejércitos hispanos de mediados del siglo X. De Al-Sabanisiyya tomó Ibn Hayyan y de este Ibn Idari la pormenorizada estadística oficial de los jinetes de las fuerzas andaluzas que fueron a la campaña de la Morcuera del 865; se reunieron más de 20.000 y claro que irían acompañados por fuerzas aun más numerosas de peones. ¡Pícara casualidad! que haya llegado hasta hoy esa cifra incontravertible! Una cifra que contradice a las claras las lucubraciones caprichosas de Chalmeta sobre el número —lo reduce arbitrariamente a 12.000— de los ejércitos hispanos de la centuria X. ¿No podemos sospechar que fuesen mucho más potentes las fuerzas reunidas por 'Abd al-Rahman para la "Campaña del Gran poder" que las congregadas para una empresa como la de la Morcuera?

Me falta imaginación para aceptar sus injustificables transformaciones de las cifras que brindan las fuentes. En los Anales Cas-

tellanos se fijan en más de tres mil las bajas islamitas en Simancas. El texto analístico citado es, en general sobrio en el relato de los hechos. Chalmeta, a su arbitrio, divide por diez la cifra mencionada. ¡Linda manera de hacer historia! dirían en Argentina. ¿No bastaría con poner en guardia al lector prudentemente sobre la dificultad de fijar la cuantía de los ejércitos y de sus pérdidas? Ello sería no sólo lo menos peligroso sino lo más científico.

Y disculpésemme que tratando de fuerzas militares no me atreva a seguir a Chalmeta en su calificación de caballeros villanos de los vencedores de 'Abd al-Rahmán en Alhándega. Solo tenemos noticias de tales jinetes populares muchas, muchas décadas después de la fecha en que los ejércitos islámicos fueron derrotados. Los que atacaron a Abd al-Rahman durante su retirada debieron de ser los que integraban las huestes vencedoras en Simancas. En unión, claro está de los peones cuya acción destaqué en mi estudio sobre el ejército asturleonés. No puedo imaginar a los cristianos combatientes a orillas del Pisuerga atacados de parálisis después de su victoria. Atacarían a los ejércitos islámicos, secundados naturalmente por las gentes del país, treinta años antes repoblado. En el parte oficial se dice que en el momento decisivo ellos bajaron de los montes como cabras para consumar el desastre trágico.

De la probable constitución de la caballería hispano musulmana en los días de 'Abd al-Rahman III por los descendientes de los sirios de Balch —aunque reduce las cifras del ejército islámico abulta las de los jinetes mencionados— deduce que esa cifra "constituye un dato contra la no importancia de la caballería árabe", defendida por Sánchez Albornoz. Sólo con mala voluntad puede alegarse esa noticia de mediados del siglo X— una noticia no, una gratuita conjetura— contra la parquedad de las fuerzas montadas con que los musulmanes invadieron España y las Galias en la primera mitad del siglo VIII, ¡doscientos años antes de Simancas y Alhándega! Chalmeta olvida además que los sirios de Balch se comieron en Ceuta sus caballos. Que entraron en España como infantes en 740 y que solo lentamente lograron ellos, sus hijos o sus nietos volver a convertirse en jinetes.

No puedo seguir a Chalmeta ni a Oliver Asín sobre el bautismo de la futura Castilla por los berberiscos de la africana Qastilliya. Nunca cruzaron estos el Estrecho ni llegaron a las tierras norteenas de España; lo he demostrado aparte. Los musulmanes peninsulares llamaron unánimemente a Castilla: Al-Quilá: "Los castillos", durante todo el siglo IX, lo que es incompatible con la denominación originaria de Qastilliya, denominación que sea dicho de paso usaron

para designar otras varias poblaciones de Al-Andalus situadas en Andalucía y en Extremadura, esta última muy poblada por bereberes. Es sabido que los cronistas hispano-árabes y sus plagarios y seguidores, Hermanaron siempre Al-Qilá con Alava, como regiones geográficamente vecinas. Que por tanto no cabe dudas de que con el topónimo regional citado se referían a la tierra primigenia de *Castella*. Si las supuestas vanguardias berberiscas hubieran dado nombre a Castilla, los autores hispano-musulmanes de los siglos IX y X la hubiera denominado Qastilliya y no Al-Quilá. Y el texto aprovechado por Chalmeta en que conjuntamente se mencionan Al-Qilá y Qastilliya, al reproducir a la par los dos nombres, acredita que el viejo y primitivo, el que se aplicaba a la zona tangente con Alava, no estaba aun olvidado.

Contra lo que cree Chalmeta, Qastilliya había sido la versión moderna del nombre regional que triunfaba en las nuevas tierras del llano que habían sido repobladas a fines del siglo IX y en el X. Castilla era el nombre que oían a cada paso en sus avances sobre ellas. Ya no podían designarlas con el remoto apelativo de Al-Qila: Pero este se hallaba eruditamente conservado.

Si Chalmeta conociera la geografía romana de la zona septentrional de España sabría que Caristia abarcaba del Nervión al Deva y Vardulia desde el Deva hasta Oyarzun, muy cerca de la frontera con Francia. Que Caristios y Várdulos se vieron obligados a correrse a Occidente —al solar de la Castilla primitiva— ante la invasión vascona en la depresión vasca a la caída del Imperio Romano. Por lo que no era innecesaria la explicación del Albeldense que merece la burla de Chalmeta.

Podría seguir analizando su trabajo. Podría reprocharle no haber adivinado el acecho de que debió de ser víctima el ejército de 'Abd al-Rahman durante su retirada; lo acredita el Ajbar Maymua. Ni los preparativos que hubieron de preceder entre los cristianos para empujarle —recordemos las palabras de 'Isa Al-Razi— al barranco en que pereció su ejército. Ni la variedad de los enemigos que debieron intervenir en la maniobra; cabe sospecharla del texto de los Anales Castellanos sobre el reparto del botín. Ni otras fallas parejas, de su monografía: se le ha escapado, por ejemplo, el paso de 'Abd al-Rahman por Madrid, rumbo a Toledo después del desastre de Alhandega.

Y ha errado al suponer a Ibn 'Idari silenciando voluntariamente la batalla. Ha olvidado, como antaño, que plagió a Arib Ibn Sa'd, secretario de Al-Hakam II y naturalmente obsecuente frente a la

dinastía. Y que se debe al adulador silencio de éste el silencio del *Bayan al Magrib*.

Pero no he escrito estas páginas sino a la defensiva. No deseo proseguir la batalla e invito a Chalmeta a la paz. ¿Por qué gozarse en combatirme? ¿Por qué no olvidarse de mi nombre y de mis cosas y seguir adelante su camino? Sería lo más caballeresco y lo menos peligroso, porque siempre estoy pronto a defenderme. Y no dejaré de haber algún discípulo o alguna discípula que rompa mañana por mi una lanza cuando caiga cualquier día en el camino sin retorno.

Yo he polemizado muchas veces con muchos autores de categoría muy diversa. Siempre que he juzgado equivocada la teoría por ellos defendida y siempre adentrándome detenidamente en el análisis del problema debatido. Nunca me he complacido en tirar puñaladitas contra nadie al margen de mis construcciones teoréticas. Chalmeta ha afeado su trabajo con los zarpazos que sin razón alguna ha lanzado contra mí. En su estudio *Simancas y Alhándega* yo hacía la misma falta que los perros en misa.

Pero olvidemos la polémica y recordemos una maravillosa anécdota traída a nuestro conocimiento por Chalmeta, una anécdota que no puede menos de emocionar a cualquier autor hispano. Fortun Ibn Muhammad acusado, tal vez sin razón, de haber aflojado en Alhándega y para su desgracia, cautivado al regresar a sus dominios, fue crucificado en Córdoba junto a trescientos oficiales de la hueste derrotada, también sospechados de traición y en trágica confesión de la importancia atribuida por el soberano, a las dos batallas de Simancas y Alhándega. Para que no pudiera maldecir al califa cortaron la lengua al supuesto caudillo traidor. 'Abd al-Rahmán que, durante toda su vida se distinguió por su crueldad, fue a contemplarle en su suplicio. Fortún —su nombre acredita su españolía ancestral, su pertenencia al clan de los conversos o muladíes del valle del Ebro— imposibilitado de injuriarle se atrevió a lanzar un gargajo contra él. El vencido en Simancas primero y en Alhándega luego, picó su caballo para no ser alcanzado por el salivazo —de haberlo recibido habría sufrido su última y tercera derrota— y entró de prisa en su palacio.

CLAUDIO SÁNCHEZ-ALBORNOZ